

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE LAS VIRGEN DE LAS NIEVES

2015

Excmo. Señor Presidente del Cabildo de Gran Canaria, Señor Alcalde de Agaete, Señores y Señoras miembros de la corporación municipal de Agaete, Miembros de la Corporación Insular, Alcaldes y Concejales de otros municipios que nos acompañan, Autoridades presentes, Exalcaldes de Agaete, Señor Cura Párroco, Señor Cronista oficial, Hijos Predilectos y Adoptivos, representantes vecinales, vecinos y vecinas, amigos y amigas, familiares míos, buenas noches. Antes de empezar el pregón no quiero dejar de agradecer que esta nueva corporación me haya elegido como pregonero de las fiestas de la Virgen de Las Nieves en este año de 2015. Les doy las gracias por este honor y espero no defraudarles.

No sé cuándo un niño empieza a fijar sus recuerdos, pero sí sé que mis primeros recuerdos de la fiesta que hoy tengo el honor de pregonar se fijaron a una edad muy temprana. Recuerdo que mi padre, Valencia, me tenía subido a horcajadas sobre sus hombros en el callejón de mi abuela que da a la calle Guayarmina. Ante mis ojos, en un mar de ramas y gente que bailaba al son de una música espesa que llenaba todos los rincones de la calle, varias figuras gigantescas y cabezudas, con unos hombres en su interior, se movían torpemente tratando de bailar las piezas que interpretaba la banda del pueblo. Al girar con sus grandes manos con dedos como plátanos, golpeaban a todo el que se encontraba a su alrededor. Había un negro, una negra, una japonesa, un chino y otras figuras de hombres con rasgos muy expresivos. Como para todos los niños de mi edad, este espectáculo incomprensible sólo podía producir asombro, miedo, llanto, que generalmente se intensificaba cuando nuestros padres nos acercaban para que le tocásemos la cabeza de cartón o los dedos de la mano

gigantesca y nos decían: ¡toca, toca, toca al papagüevo para que veas que no hace nada!

Algunos años después y viviendo en la casa de mi abuela Fefa, que se encontraba a escasos 50 metros del ayuntamiento, mis aventuras con el resto de niños de las casas aledañas consistían en bajar la cuesta de la calle y sigilosamente introducirnos en el ayuntamiento hasta el patio. El sonido producido al pulsar las teclas de las máquinas de escribir que utilizaban Salvador Medina, Antoñito Cruz o mi tío Pancho Sosa en la planta superior era buena señal, pues indicaba que estaban ocupados y podíamos acercarnos a mirar por la cerradura de las puertas de dos habitaciones que daban al patio. Eran dos habitaciones que daban mucho miedo. En una de ellas mirábamos y veíamos los papagüevos allí guardados esperando hasta la próxima Rama. Los rayos de luz que entraban afilados por un postigo los iluminaba de una manera tenebrosa, como si fuesen pinturas del italiano Caravaggio, trasmitiéndonos un miedo que nos hacía salir corriendo hacia la calle. La otra habitación que también nos daba miedo era la cárcel. Una cárcel que frecuentaban aquellos que se tomaban algunas copas de más y alteraban el orden público de aquella época, algo que los guardias no toleraban, encerrándolos hasta que se les pasaban los efectos del alcohol. ¡¡¡¡Sáquenme de aquí!!! ¡¡¡Llamen a mi madre!!! Esos gritos y los golpes en la puerta que daban para que los soltasen nos avisaban a los chiquillos del vecindario de que teníamos que ir a mirar por la cerradura de la cárcel para, al igual que con los papagüevos, salir corriendo cuando el detenido se percataba de nuestra presencia y se dirigía hacia la puerta.

Del comienzo de los años setenta son mis siguientes recuerdos de las fiestas que pregonamos en esta villa, pero esta vez tienen lugar a más de 500 km de Agaete, en otra villa, Villa Cisneros, la actual Dakhla, que era

junto con El Aaiún, las dos ciudades más importantes de lo que fue el Sahara español. Mis padres, mis hermanos, mis tíos, mi prima y otros vecinos de Agaete y del resto de municipios del archipiélago se vieron obligados a emigrar de las islas para mejorar sus precarias condiciones de vida. La necesidad de emigrar para el canario ha sido, a lo largo de los siglos, algo inevitable en épocas de penurias, sobre todo hacia el continente americano, pero desde los años 50 del siglo XX fue el Sahara quien palió el hambre de muchas familias canarias. No olvidemos nunca esta circunstancia ahora que no somos nosotros los que vamos sino ellos los que vienen, en esas pateras en las que se juegan la vida sólo por vivir.

Cada 4 de agosto, en una casa que teníamos en una playa a las afuera de Villa Cisneros ocurría algo extraño pues, mi padre, no sé de qué parte del amplio desierto del Sahara, cortaba ramas de arbustos que amontonaba dentro de una barca que hizo —como muchos de los presentes saben, era muy mañoso— y que como no podía ser de otra manera, le puso de nombre, Agaete. Al mediodía, cuando ya habían llegado a la casa de la playa los numerosos amigos de costumbre, mi padre y los niños que allí estábamos repartíamos las ramas a los presentes y acto seguido todos los de Agaete empezaban a cantar o tararear las canciones que hoy día todos asociamos automáticamente a La Rama: *El Campeón, Soldado de España, La Madelón,...* Primeros los de Agaete y después todos los que allí estaban bailaban con las ramas sobre la blanca arena de la playa, al ritmo tarareado por los culetos. Era una fiesta de verdad, todos cantaban y bailaban: mis padres, mi tíos, los niños y niñas, Amador y Pinito los de El Escobonal, Olimpia y Julio de Escaleritas, Tucha y Antoñito los gallegos, los saharauis Abdelah, Hammudi, Mohamed, Antonio el libanés y otros muchos más que juntos llegaban a formar una pequeña masa vegetal en movimiento que, al menos por unas horas, le daba un toque de color verde al desierto en el que vivíamos. Gentes de distintas procedencias y religiones bailando por una

virgen de Las Nieves que al día siguiente llegaría al pueblo de Agaete en procesión.

Fue también en este desierto donde siendo todavía un niño supe que existía una Virgen de Las Nieves. Cierta día, que al parecer cogí todo el sol del desierto en mi cabeza, se desencadenaron en mí unas fiebres y dolores que parecían no tener fin, que se agravaban con el paso de los días y que los médicos no les veían un buen final. Se barajó la posibilidad de traerme en avión a Gran Canaria pero las condiciones del vuelo podían complicar mi estado. Parecía que no había solución médica. Sólo quedaba rezar. Y mis padres rezaron mucho e incluso alguna noche la pasaron de rodillas en la azotea mirando al cielo estrellado del Sahara y pidiéndole, como me dijeron ya de mayor, a la Virgen de Las Nieves, que me curase. Eran los primeros días de septiembre y las plegarias continuaron hasta que de manera milagrosa, el 8 de septiembre, una virgen que se incorporó con fuerza a los rezos por ser ese día su festividad, la Virgen del Pino, me curó. Después de días inconsciente a base de suero, dice mi madre que la desperté a las cinco de la madrugada diciéndole: “Mama, ya estoy bueno, ya no me duele la cabeza” Al final, si bien fue la Virgen de Las Nieves la que hizo el trabajo duro durante días, fue la del Pino la que se llevó el mérito de mi curación. Desde ese año y hasta que la rebeldía de la adolescencia me dotó de razones para evitarlo, fui siempre una vez al año de peregrinación a la basílica de la Virgen del Pino con mi madre. Eso sí, las estampas de las dos vírgenes milagrosas, desde mi enfermedad y hasta que hace uno pocos años fue pasto del fuego, siempre estuvieron ya pegadas al cabezal de madera de mi cama plegable.

La aventura migratoria de mi familia y la de cientos de familias canarias en el Sahara español, terminó en 1975 cuando esta provincia

española se descoloniza y es repartida de manera vergonzosa por el ya moribundo régimen franquista, entre Marruecos y Mauritania sin tener en cuenta para nada la voluntad del pueblo saharauí. Y de esos polvos, estos lodos.

De nuevo en Agaete y con 11 años, mis recuerdos de estas fiestas se acumulan y se amplían: el penetrante olor de la fruta que vendía Mercedes Lugo bajo el ficus de la plazoleta del antiguo centro médico; el sonido y olor a pólvora con la lluvia de miles de fragmentos de papel de periódico expulsados por los cañones de Las Peñas; el sonido que hacía al girar la ruleta de apuestas de Carmen “*la Muda*” y sus ininteligibles sonidos guturales, con los que respondía enfadada a las trampas y burlas de los muchachos que cambiaban de lugar y sin disimulo el dinero apostado sobre las cartas; los turronec comprados a los turronec con las pocas pesetas que nos daban padres y tíos tras pedirles la bendición y los turronec que en mayor abundancia y variedad, compraban las familias para ir comiendo en las casas a lo largo de las fiestas; la retreta, cuando las grandes farolas y bengalas eran la única iluminación con que contaban las calles no principales del pueblo; la ensaladilla rusa del día de La Rama y la sopa y la carne mechada del día grande cuando la Virgen llegaba en procesión al pueblo; la traca, la cucaña en el muelle con el palo embadurnado de sebo, las verbenas en la plaza y los bailes en el casino, estrenar la ropa en la procesión, las carreras de cintas, Chopito y Chaporro...

Pero no quiero seguir aburriéndoles con mis recuerdos de la infancia, prefiero contarles historias de Agaete, pero historias de verdad, historias de la Historia.

¡Silencio!, ¡parece que se oye gente llorar! ¡Veo una viuda que se tira de los pelos, veo a unos huérfanos agarrándose a la madre, veo a familiares

y a más gente! Es una comitiva caminando por la colada volcánica del Maipés, encabezada por una parihuela con un cadáver envuelto en un sudario de juncos. ¡Estoy viendo el Agaete de hace 1.300 años; El fallecido parece que se llamaba Isaco y murió al caerse por un risco de Guayedra cuando intentaba coger un baifo que se había quedado atrapado en un saliente rocoso. Las risas y el griterío de un grupo de niños me obligan a dejar de contemplar la escena fúnebre y volver la mirada. ¡No me lo puedo creer, estoy viendo el antiguo poblado aborigen de Agaete a escasos metros de donde hoy nos encontramos congregados, bajo las casas actuales; Veo más de cien casas de piedra, con techos de troncos de tea y palmeras y sellados con tortas de barro. Veo las callejuelas del poblado, los lugares públicos donde se reúnen y tratan asuntos importantes. Niños corriendo y jugando, unas mujeres trayendo agua del barranco que pasa a pocos metros de nosotros. Otra mujer está haciendo cerámica, otras están cocinando en los interiores y exteriores de las casas. Más niños corriendo y jugando con un perro al que le falta una pata. Hombres trabajando en los campos de cultivo. Otros en la lejanía con los ganados de cabras y ovejas. Un cochino lanza un último gruñido antes de que el carnicero lo mate para aprovechar de él, la carne, la piel, los huesos, la sangre, etc.

Era bastante grande el poblado de Agaete pero tampoco era poca cosa el que se extendía en la desembocadura del barranco de El Risco. Otros de menor tamaño se encontraban en Guayedra o en Las Nieves. Pero también vivían en cuevas como las del Sao, San Pedro, Berbique, La Suerte, las del Barranco del Juncal, las de Guayedra, o El Risco. Algunas cuevas, como la del Moro, la de Las Peñas, las de la Culatilla o las de Berbique, fueron excavadas con picos de piedra para convertirlas en graneros donde guardaban la cebada y el trigo de las cosechas. Otras cuevas, las más inaccesibles y angostas, también se usaron pero en este

caso para enterrar a sus difuntos. Se oye el balar de una cabra y el discurrir del agua por el barranco.

Y entonces llegó el De Lugo, el capitán Alonso Fernández de Lugo con varias carabelas a la bahía de Las Nieves y desembarca con cuarenta hombres de pelea. Es agosto de 1481. Tres años antes, en 1478, se inició la conquista de la isla de Canaria, pero los canarios en numerosas y encarnizadas luchas resistían con mucho valor y coraje e impedían el dominio de los extranjeros. Para atacar a los canarios por su retaguardia, Fernández de Lugo llega a Agaete desde el campamento base, el Real de Las Palmas, para construir una torre o casa fuerte. Veo que construyen la torre rápidamente entre septiembre y octubre de 1481 y no en aquellos lugares de Agaete que hoy día se conocen como La Torre o la Casa Fuerte. No, la torre se levanta en el arranque de lo que hoy conocemos como el Muelle Viejo, muy cerca del mar, para si era necesario y los castellanos se veían acosados por los canarios, poder salir y refugiarse en sus barcos con facilidad. Me viene ahora a la memoria un texto de la inglesa Olivia Stone del año 1883 en el que describe la torre y el lugar en que se encontraba antes de su destrucción a finales del siglo XIX:

«Al acercarnos a Las Nieves, salimos de detrás del risco al final del valle (se refiere al Roque de Las Nieves) y vimos, a nuestra izquierda, los restos del castillo de Alonso de Lugo, una construcción moderna -de solo 400 años de edad- comparada con el cementerio de los canarios. Junto a él se encuentra un pequeño muelle (...). El fuerte es muy pequeño pero, sin duda, era suficiente para albergar a los treinta y cinco guerreros de Lugo».

Pero volvamos a 1481. La tranquilidad del poblado aborigen de Agaete de repente se vio alterada por la presencia de estos intrusos que se cubrían con armaduras de metal, portaban lanzas y espadas, disparaban flechas con ballestas y montaban unos animales nunca antes vistos por los canarios: los caballos. Además, adornaban sus armaduras, espadas y vestidos con el símbolo de la cruz que uno de ellos vestido con hábitos de monje portaba en un báculo. Estaba claro que las armas de madera y las piedras que lanzaban con mucha destreza los canarios, nada podían hacer contra militares tan bien pertrechados y entrenados en el sur de la Península Ibérica, luchando contra el moro infiel en Granada. Agaete en pocos meses se encuentra bajo el dominio de los Reyes Católicos y del símbolo de la cruz. Y junto a la torre, en un pequeño eremitorio la cruz convive con una pequeña imagen que traía para su protección Fernández de Lugo. Esta imagen era la de Nuestra Señora de Las Nieves que muy pronto adquiere una notable devoción entre los castellanos y entre los aborígenes convertidos al cristianismo.

Soy testigo de que en una de las expediciones bélicas de los castellanos hacia el centro político de la isla, la Agaldar aborigen, los soldados consiguen apresar al rey o guanarteme de la isla Tenedor Semidán. A partir de este momento y del posterior encuentro del rey indígena con los Reyes Católicos en Córdoba, que lo reconocen como un igual, bautizándolo y apadrinándolo como Fernando Guanarteme, la finalización de la conquista de la isla se acelera. En 1483, dos años después de construida la torre, la isla de Canaria, convertida ya en Gran Canaria por lo mucho que costó su conquista, se somete definitivamente a la corona castellana.

A excepción del Valle de Guayedra, que se lo reserva Fernando Guanarteme para él y su familia, la isla se reparte entre los conquistadores

y los nuevos colonos y en el caso de Agüimes, el término se le concede al obispo. Y como no podía ser de otra forma, las tierras de Agaete le tocan en repartimiento en 1485 al alcaide de la torre, Alonso Fernández de Lugo, que las dedica al cultivo de la caña de azúcar para obtener, lo que se llegó a denominar en Europa como “el oro blanco”: el azúcar.

Junto a la torre levanta Fernández de Lugo en el año 1486, la maquinaria del ingenio azucarero. Pero no, no vayan a pensar que los nuevos habitantes de Agaete eran unos golosos, porque todo el azúcar que se producía en este y en los otros ingenios de la isla, se exportaba hacia los principales mercados europeos de ese momento: Sevilla, Valencia, Róterdam, Amberes, Génova, etc., obteniéndose auténticas fortunas con su venta.

Sin embargo, Fernández de Lugo era un militar y no había nacido para vender azúcar, por ello en 1495 para poder acabar la conquista de Tenerife, vende el ingenio al comerciante genovés Francisco de Palomar que, desde los primeros momentos, pone al frente de toda la plantación a su hermano Antón Cerezo. El espíritu comercial de los genoveses queda de manifiesto desde los primeros momentos, pues desmontan toda la maquinaria del ingenio existente en Las Nieves junto a la torre y lo trasladan a escasos metros de donde nos encontramos esta noche, a la parte alta de la finca de Las Candelarias. De esta manera una vez que el agua movía la rueda o noria del molino de caña, era aprovechada para regar los campos de cultivo y no como en el molino de Las Nieves que el agua se perdía en el mar. Se inicia con estos genoveses el periodo de mayor esplendor y rentabilidad del ingenio de Agaete que estuvo funcionando hasta el año 1642, es decir 157 años.

Me atrevo a pasear por el ingenio y veo un albercón para almacenar agua, un acueducto o acequia de gran altura, una noria enorme para mover

las piedras del molino de caña, una sala con cinco calderas de cobre para espesar el jugo de la caña, una carpintería para hacer las cajas en que se embalaba el azúcar y el resto de trabajos del ingenio, una herrería para reparar y fabricar piezas de metal, un molino de harina y gofio, hornos de pan, unas tenerías para curtir cueros... Me dice Pedro Gallego, un criado de Antón Cerezo, que el ingenio también tiene una ermita en Tamadaba, para la gente que allí trabajaba cortando madera, y una capilla en Las Nieves, junto a la torre. Le pregunto al criado de Cerezo por la gente que allí trabaja y me dice que los especialistas y maestros azucareros eran casi todos portugueses que llegaron desde la isla de Madeira. Los otros trabajos menos especializados y artesanales (carreteros, carpinteros, herreros, albañiles, tejeros, etc.) los desarrollaban los nuevos colonos llegados desde la Península Ibérica. Por último, me dice el criado, que los trabajos más duros del ingenio los hacían los aborígenes, los colonos asalariados de muy bajo nivel social, pero sobre todo los esclavos negros propiedad de Cerezo. ¿No les suena a ustedes, estimados vecinos, el comentario de que la gente de Agaete suele tener la piel bastante negra? Probablemente, una mezcla muy bien agitada de genes y sangre portuguesa, genovesa, castellana, aragonesa, vasca, negra, morisca, sudamericana y por supuesto, aborígen, ha dado como resultado a la actual población de Agaete y, a la vista de los resultados, no podemos dejar de decir que la mezcla, como casi siempre, conviene y es deseable.

Estoy en el año 1531, hace mucho viento y las cañas de la plantación se mueven sin cesar. Antón Cerezo desde hace unas décadas es el propietario de todo el ingenio y lo ha ido acrecentando, construyendo incluso otro molino para caña en el Valle de Agaete. Los beneficios que le produce el azúcar son cuantiosos. Mucha de su ropa, calzado, vajilla, telas, objetos decorativos, etc., los compra y trae de Flandes, las actuales Bélgica

y Holanda. Pero esta vez Cerezo está en su casa, de noche, iluminado por una lámpara de aceite, preparando el dinero y los documentos para realizar en Amberes, ciudad situada a 3.000 km de Agaete, una compra muy especial para él y como la historia demostrará, también para Agaete. Quiere de esa ciudad, como diría en su testamento, “...*un retablo de pinzel del mejor maestro que se hallare...*” con la imagen de la virgen en la tabla central y a sus pies, en actitud orante, el propio Cerezo, su mujer Sancha Díaz de Zorita y uno de sus hijos. En las dos tablas laterales que cerraban el retablo debería pintarse a San Francisco en una y a San Antón y San Cristóbal en la otra. Todo este conjunto pictórico tenía en la base una predela con la Santa Cena.

Veo llegar a la bahía de Agaete el barco que trae el retablo de la Virgen de Las Nieves. Creo que es el año 1532 y el capitán del barco y varios criados de Cerezo lo llevan a hombros embalado con maderas y muy bien envuelto en telas enceradas para evitar la humedad del viaje. En una capilla existente, anterior a la ermita de Las Nieves, esperaban Cerezo, su mujer, sus hijos, y otras personas notables del ingenio y de Agaete. El carpintero con mucho cuidado abrió el embalaje y el asombro de los presentes fue mayúsculo. Ante ellos se mostraba con todo su esplendor y brillo la obra pintada meses atrás por Joos van Cleve en Amberes. Los detalles de las diferentes partes del retablo eran de una finura y elegancia nunca antes vista en la isla. Pronto es colocado en el altar de la capilla y los habitantes de Agaete en los días y semanas siguientes no paran de acercarse a verlo y quedarse boquiabiertos ante el espectáculo de color y religiosidad que se les ofrece. Para la gran mayoría era la primera vez que veían una pintura, por eso, asombrados, tocaban los colores con la mano y algunos se ponían incluso a intentar coger los pelos de la barba de San Antón ante el realismo y detalle de la misma. La noticia de la llegada del retablo y de la

calidad que tenía, llega muy rápido a la ciudad de Las Palmas y a otras partes de la isla. Personalidades, tanto políticas como religiosas, e importantes comerciantes, no dejan de preguntarse en la capital, algunos sin disimular su envidia, como Antón Cerezo había podido conseguir de un pintor que pintaba para tres reyes europeos y para el emperador, que accediese a pintarle un retablo de estas dimensiones e incluso con su imagen y la de parte de su familia.

Desde ese momento los habitantes de Agaete empiezan a celebrar fiestas en honor de la Virgen de Las Nieves. Por supuesto que eran muy diferentes de como las conocemos hoy día. Eran celebraciones eminentemente religiosas que congregaban a los vecinos en torno a la ermita para asistir a las funciones religiosas y a las fiestas y jolgorios espontáneos durante el día que tenía lugar la festividad. También, y es importante tenerlo en cuenta por el significado que tiene hoy día en las fiestas, la víspera de la festividad de la Virgen, al igual que en el resto de festividades cristianas de la época, se enramaba la ermita y sus alrededores. Estas enramadas no sólo se hacían en Agaete para la virgen de Las Nieves, se hacían también la víspera de cada santo y figuran recogidas en los libros de la iglesia parroquial. Así, la referencia más antigua de una enramada en Agaete es de 1590 en la que se destina una partida de 5 reales anuales para la rama de las Fiestas del Corpus. Otras referencias son:

-En 1591 se destinan 5 reales para rama y junco el Domingo de Ramos.

-En 1610 se destinan 10 reales para la fiesta de Nuestra Señora de la Concepción: 4 reales para los dos frailes que asistieron, 4 reales para lo que comieron, y 2 reales para juncos.

-Entre 1719 y 1728 se gastó en ramas y juncos para la fiesta de la Concepción, 125 reales y para el Domingo de Ramos 80 reales.

Otra cita recogida en el Libro de la Hermandad del Santísimo Sacramento de Agaete, dice lo siguiente: *“En el lugar de Agaete a 19 de Julio de 1778, los hermanos establecen que para mayor consistencia y estabilidad de la hermandad, se establecerá una aportación fija para que cada hermano concurriese con una carga de ramas o haz de juncos según el hermano mayordomo les impusiese a cada uno, y el hermano mayor pague el sermón.”* Por último, para que quede clara la importancia de las enramadas por toda la isla, leeremos un testamento de 1728 en el que una mujer de Acusa, establece, que con parte de su herencia, *“(…) sea obligado a echar la rama que fuese menester en todos los años para la Iglesia de Nuestra Señora de Candelaria deste lugar para la festividad que se a de selebrar en dicha iglesia todos los años perpetuamente a el Santissimo Christo el día catorse de septiembre la qual rama para dicho aseo a de estar pronto en dicha iglesia desde la bispera de dicho día por la mañana con el junco que fuese necesario”*.

Y así pasan los años y los siglos y el ingenio en 1642 deja de producir azúcar y en las fincas donde antes se plantaba caña ahora se planta cereal, vid y otros cultivos de huertas. Y veo a un hombre que ha salido desde el pueblo en dirección a Las Nieves. Lleva una sierra y otras herramientas de carpintero. En la ermita lo están esperando el cura y el sacristán de la parroquia de la Concepción. No sé muy bien en qué año estamos pero por las vestimentas parece que discurren los primeros años del siglo XIX. Estaban allí para cortar y separar del retablo de la virgen a Antón Cerezo, a su mujer y a su hijo. Querían sacar a la virgen en procesión hasta el pueblo y era necesario, según el parecer de los allí

congregados, disminuir el tamaño del retablo y quitar a esas figuras arrodilladas que con el paso de los siglos el pueblo ya no sabía quiénes eran y confundía con santos. Tras marcar con un carboncillo los cortes a realizar, el carpintero con su sierra empieza la dolorosa amputación. Aplicados en la tarea ninguno de los presentes excepto yo, atento a todo lo que allí pasaba, pudo ver como el suelo del altar temblaba ligeramente y era porque los huesos de Antón Cerezo, enterrado allí, se revolvían de rabia y dolor por lo que estaba sucediendo. Más asombrado me quedé al contemplar cómo de los ojos de la Virgen iban cayendo unas imperceptibles lágrimas ante la barbarie que se estaba cometiendo con su retablo. Finalmente tras rellenar los huecos de donde se extrajeron a los donantes, con unas tablas, se completa la increíble mutilación, repintando toda la virgen de una manera muy tosca y burda enmascarando la joya flamenca pintada por “...el *pinzel del mejor maestro que se hallare*”. El objetivo se consiguió y ese año, por primera vez, la virgen es sacada en procesión el día 5 de agosto hasta la antigua iglesia de la Concepción en un trono neogótico que hizo el mismo carpintero que desmembró el retablo. Desde ese entonces la virgen sube año tras año en procesión hasta el pueblo donde es recibida como una reina de las nieves.

¡Parece que huele a quemado! ¡Veo fuego a unos 200 metros de aquí! ¡Pero no se asusten, el fuego que veo es en la noche del 29 de junio de 1874! ¡Empiezo a ver cómo las llamas están devorando la antigua iglesia de La Concepción situada en lo que hoy es el Centro Parroquial! ¡Arde el artesonado de madera del techo, imágenes religiosas, objetos de plata de rica orfebrería, casullas... es un desastre! Se oye un gran ruido y el templo se derrumba por completo. Veo al sacristán muy nervioso con algunas quemaduras en los brazos pues intentó salvar aquello que podía cargar y aún no estaba afectado por el fuego. Muy poco pudo recuperar,

pero al menos salvó todos los libros sacramentales y de fábrica de la iglesia. Me acerco a consolarlo y me dice en confianza que él sospecha que el incendio fue provocado. Manifiesta que desde hace más de setenta años las personas importantes del pueblo llevan pidiendo al obispado una nueva iglesia, porque ésta era pequeña y estaba muy deteriorada, sin recibir respuesta favorable. No sabemos lo que hay de verdad en las palabras del sacristán, pero lo cierto es que, cuatro meses después del incendio, se empieza a construir la actual iglesia parroquial, finalizándose 18 años más tarde, en 1892. No puedo ver bien si en estos años en que la iglesia estuvo en obras, la Virgen de Las Nieves se quedaba el día 5 de agosto en el pueblo de Agaete en alguna casona particular, en un local o en la pequeña ermita de San Sebastián, que era donde se celebraba el culto durante el tiempo en que se construía la iglesia. No acierto a ver imágenes con claridad, sin embargo sí que veo cómo en el antiguo solar de la iglesia quemada el inglés Jacquety Rayne levanta un ingenio azucarero en 1896, pues se vuelve a plantar caña de azúcar en Agaete. Unos años más tarde, en 1902, se construye un segundo ingenio que aún se conserva junto al puente y que es conocido como La Máquina.

Será por estos años del último cuarto del siglo XIX cuando empezamos a tener datos ciertos sobre las fiestas de La Virgen de Las Nieves, pues en los periódicos de la época aparecen los programas o unos pequeños resúmenes de los actos principales. De estos programas hemos podido entresacar datos y actos festivos que seguro que les llamará la atención. Por ejemplo,

-Desde el siglo XIX el inicio de las fiestas era el 3 de agosto. Es a partir de 1957 cuando se decide que comiencen el 25 de julio coincidiendo con la festividad de Santiago Apóstol.

-La primera diana aparece por primera vez en un programa en el año 1903 pero no sólo el día 4 sino también en los días 5, 6 y 7. Al principio eran bandas de otros lugares las que tocaban pero muy pronto son las bandas que se crean en Agaete las que amenizaban los actos. En 1910 ya existía la Banda del Círculo Obrero y en los años siguientes, se crean las bandas de La Luz y la de Agaete. La existencia de estas bandas no fue impedimento para que los bailes que se celebraron en el año 1921 se amenizaran con pianos de manubrio.

-A mediados del siglo XX La Rama llegaba a las 12 del mediodía a la ermita y después se hacía una misa.

-Hasta 1910 la retreta se hacía el día 3 de agosto.

-Los fuegos artificiales están presentes desde el siglo XIX y se quemaban la noche principal, es decir el 5 de agosto. Es a partir de 1976 cuando se empiezan a quemar después de la retreta, el día 4 de agosto. Los recursos pirotécnicos más habituales eran los voladores, cohetes voladores, bengalas, antorchas, ruedas de fuegos, castillos de fuegos artificiales, cascadas de fuego en el frontis de la iglesia, tracas, salvas, hogueras y fogatas. A veces se introducía alguna novedad pirotécnica como en 1914 que se realizó “... *un bien imitado volcán de efecto maravilloso en una de las montañas inmediatas al pueblo*” repitiéndose en 1927 “... *una imitación de erupción volcánica en la montaña del Gurugú.*”

-En las décadas de los años 20 y 30 del siglo XX, las batallas de flores formaban parte de las fiestas y las carrozas eran frecuentes al menos desde 1897. En este sentido, destacan las carrozas del año 1903

descritas de la siguiente manera en el programa: *“Día 4: A las 12 del día, dos hermosos buques perfectamente aparejados, recorrerán las calles principales del pueblo, en unión de una artística carroza, representando a una peña en el mar. Día 5: A las 2 de la tarde saldrán dos hermosas carrozas que representarán una a España y otra a la Agricultura, acompañada de 10 gigantones que representarán las distintas razas del globo. (...) A las 8,30 saldrán dos bonitas carrozas simbolizando las Ciencias Náuticas y Astronómica y la Marina Mercante.”*

¡Silencio! ¡Parece que se oye gente llorar! ¡Veo una viuda! ¡No, son dos; no, tres, cuatro, cinco, seis...! ¡Son muchas más! Veo huérfanos y madres llorar por sus hijos. Veo también a la Madre de Dios, la Virgen de Las Nieves llorar de rabia y dolor por la pérdida, en un solo día, de veintisiete de sus hijos (21 jornaleros, 2 comerciantes, 1 marino, 1 matarife, 1 empleado y 1 mampostero). Estamos en el año 1937 en plena Guerra Civil. Vinieron a buscarlos de noche y ya nunca se volvió a saber de ellos. Dicen que desaparecieron. No habían hecho nada, solo pensar y opinar. Desde ese fatídico día tanto sufrió la Virgen que en su retablo de madera se abrió una grieta vertical que le partió el corazón en dos. En los años ochenta se restauró la grieta, pero ésta, años después, volvió a surgir. Recientemente se ha vuelto a restaurar. Pero se rumorea que la grieta aflorará de nuevo, y así una y otra vez, hasta que no se restaure la memoria de esos veintisiete vecinos de Agaete. Sólo así cesará el dolor de la Virgen. No se entiende como aún no existe una placa, monumento o plaza en Agaete que recuerde el acontecimiento histórico más importante sucedido en esta villa, sobre todo, para que hechos similares nunca más se vuelvan a repetir. Yo, antes que pregonero, soy historiador y vecino de este pueblo y por ello no puedo dejar de contribuir a ese homenaje que lleva esperando

78 años. Y lo hago trayendo, a uno de los actos más especiales de las fiestas, el pregón, la memoria de esos vecinos que en agosto de 1937 y en los siguientes, no pudieron subir a sus hijos a hombros para que viesen los papagüevos bailar La Rama. Y lo que son las cosas, precisamente, uno de estos “desaparecidos”, Cesar Expósito, era el que por esos años se encargaba de hacer los papagüevos de las fiestas. Ya nunca más los volvió a hacer. En fin.

¡Año de 1943! ¡Se realiza la retreta más lujosa y desbordante que nunca se haya hecho, compuesta de una monumental cabalgata con jóvenes ataviados de magos, moros y trajes típicos, gigantes y cabezudos, varias carrozas, ranchos canarios, faroles, bengalas, tres bandas de música, antorchas de la Falange Provincial, llegando hasta el Puerto de Las Nieves, donde se organizó el paseo con música y fuegos de artificio de gran gusto y novedad!

También en ese año, 1943, se realizó el tradicional desfile de ¡artísticas carrozas!, mereciendo los mejores encomios la confeccionada por los niños de la Catequesis parroquial, por su originalidad alusiva a la Caridad, representando los mismos, distintos cuadros de la meritoria labor que viene realizando el Banco de los Pobres en aquella parroquia, mereciendo muchos aplausos las distintas veces que apareció por las calles de la citada villa. Llamaron también la atención las presentadas por el señor de Armas Medina, alegoría del episodio de Agustina de Aragón, y por la Falange local, todas magistralmente confeccionadas.

En el programa de 1951, el día 4 de agosto a las 4 tarde ¡apertura en los salones de la Sociedad la Luz de la exposición de óleos del pintor hijo de esta villa José Dámaso Trujillo! Era la primera exposición de nuestro Pepe Dámaso y, por la calidad de lo que allí se vio, los entendidos le auguraron un futuro prometedor.

En 1957 los cañones de Las Peñas son sustituidos por unos nuevos, disparándose por última vez en el año 1976.

A partir de los años 40 las bandas municipales fueron sustituidas por las orquestas en los bailes y verbenas, destacando hasta los años 60 *Mejías y sus muchachos*. En la década de los 70 frecuentaron las fiestas orquestas venidas de Tenerife, como la *Orquesta España de Arafo*. Desde los años 80 en adelante, aquellas orquestas fueron dando paso progresivamente a los grupos, como decían los programas, de instrumentos electrónicos, como *Los Royalty, Los Grajos, Los Guanches, Los Zotos, o los Biro Birobis* de Agaete, entre otros.

Los papagüevos, citados por primera vez en el programa de 1897 como gigantones, evolucionan con el tiempo y son llamados también gigantes, enanos y cabezudos. A lo largo de las fiestas fueron varios sus constructores, pero sin duda los más singulares fueron los que a partir de los años cincuenta del siglo XX empezó a realizar el escultor José de Armas Merino y son únicos en el mundo. Estos papagüevos, que actualmente son una de las señas de identidad de La Rama, representan a personajes populares de Agaete. El último que realizó lo hizo en 1973 y representó a la neoyorquina Maggye que se hizo muy famosa en el pueblo por su peculiar saludo, “*iiiiuuu*”, y sus maneras y vestidos estrafalarios para el Agaete de los años sesenta.

Es también por estos años, más concretamente en 1963, cuando se quita el repinte que desde comienzos del siglo XIX cubría la imagen flamenca de la Virgen de Las Nieves, recobrando todo el esplendor y colorido que perdió cuando aquel carpintero, siguiendo órdenes del cura, recortó el retablo con su sierra.

Pero será a partir de 1975, coincidiendo con todos los cambios políticos que se produjeron en España, cuando la fiesta de Las Nieves

adquiere la dimensión y fisonomía que la caracteriza en la actualidad. Los aires de libertad y la eclosión de los movimientos nacionalistas canarios supusieron para la fiesta, tal como se entendía hasta entonces, un cambio en su origen y finalidad; así, La Rama ya no provenía de las enramadas típicas de las fiestas en la víspera de la festividad del santo. A partir de esos años La Rama empezó a ser para periodistas, pintores, escultores, escritores, cineastas, coreógrafos y forasteros en general, la pervivencia de un ritual aborigen para pedir lluvia en épocas de sequía. Este ritual consistía en subir a las montañas sagradas a derramar leche y manteca y después, bajar bailando con ramas hasta el mar y con ellas golpearlo para simular el sonido de la lluvia. De esta manera pensaban conseguir el favor de la divinidad para que provocara la lluvia y los campos se regasen.

A partir de la difusión de esta idea y así, año tras año desde la década de los setenta y casi hasta la actualidad, cada 5 de agosto vemos en las portadas de los periódicos y en las diferentes cadenas de televisión TV, decir que, *“Una vez más los danzantes de La Rama concluyen el ritual introduciéndose en el mar para golpear el agua con las ramas y solicitar la lluvia.”*

Yo soy de Agaete, tengo 51 años y nunca me he metido en el mar con la rama. Nunca he visto a nadie de Agaete, excepto aquellos jóvenes que rodaron la película La Rama, de Pepe Dámaso, en 1988, y que, siguiendo las instrucciones del artista, golpearon el agua con ramas por primera vez en su vida. Algunas de estas personas son las que desde ese año van juntas en grupo y se introducen vestidos en el mar para golpear el agua con sus ramas y darle a la prensa la imagen y el titular del día siguiente. No deja de ser curioso que unas dos horas después de que este grupo haya realizado ese acto acuático en la playa, la verdadera Rama y que vienen bailándola cientos de personas desde el pueblo, llegue ahora a

Las Nieves y vaya directamente a la ermita sin pasar por la playa, como lleva ocurriendo desde siempre.

Ya me ponían sobre aviso las hermanas María y Carmelita Suárez, con más de noventa años cada una, cuando las entrevisté en 1996 en busca de información sobre La Rama. Les pregunte por separado que si sabían de alguien que se hubiese metido en el mar con las ramas a pedir agua en estas fiestas y las dos me decían con asombro: *“Mi niño, en agosto lo normal es que no llueva, nadie pide agua en este mes”*. Carmelita que vivió y murió a escasos metros de la playa me decía también: *“Yo no sé qué es lo que hacen esos muchachos metidos en el mar con ramas y con las ropas, ¡mire usted eso!”* Estas y otras entrevistas y el estudio de todo tipo de documentación, me hicieron empezar a sospechar que lo de la pervivencia del rito aborigen en la rama no tenía base histórica alguna. Parecía que todo podía haber sido una ocurrencia que, repetida una y otra vez y aireada y amplificadas por los medios de comunicación, nos había podido confundir a todos, incluso a mí, que presumía como arqueólogo de una fiesta que anclaba sus orígenes en el mundo indígena.

La Virgen de Las Nieves no es una virgen de agua dulce o de agricultores, es de agua salada, una virgen marinera. Su ermita al pie de la playa. Sus acompañantes y portadores, los reyunos, se visten de marineros. La escolta se hace con soldados de la marina. Su trono está decorado con anclas, maromas, pescados, estrellas marinas, cangrejos... Las ofrendas que le hacen los fieles no son productos de la tierra, son miniaturas de barcos. Los juegos que se hacían en el pasado eran la cucaña marina, regata de barcos a vela y a remos, concursos de pesca, etc.

Si nuestro exalcalde y estudioso de la historia local, José Antonio García Álamo, se hubiese imaginado allá por el año 1960 lo que iba a dar de sí un pequeño texto literario suyo sobre La Rama, escrito en el periódico *Falange* el 4 de agosto de ese mismo año, seguramente que lo hubiese

quemado con uno de los puros a los que fue muy aficionado en el pasado, antes de publicarlo. La parte del texto que nos interesa, decía lo siguiente:

“...La danza ha tenido desde siempre un profundo sentido místico.

Este de La Rama es primitivo, sencillo y brutal.

Quizás tenga alguna relación con las procesiones que, con carácter mágico, celebraban nuestros aborígenes.”

Nunca antes, nadie había realizado esa relación del rito aborígen con La Rama de Agaete. A partir de ese momento la bola empezó a rodar y a crecer y los periodistas, pintores, escultores, escritores, cineastas, coreógrafos, algunos historiadores, etc., etc., empezaron, año tras año, a fabricar el mito de la pervivencia del rito aborígen de petición de lluvia. Toca ahora, como decía el propio José Antonio García Álamo en unas jornadas de debate realizadas hace unos años, desmitificar el mito.

Vamos a ir acabando este pregón que ha tenido como eje conductor la historia de Agaete y su retablo de la Virgen de Las Nieves. Nada mejor para ello que volver al origen de esta historia: el ingenio azucarero de Antón Cerezo, que de manera fortuita apareció en el año 2005 con los trabajos arqueológicos desarrollados en la finca de Las Candelarias. Gracias a este ingenio, el más antiguo conservado en el mundo, hoy estamos a punto de celebrar un año más las fiestas en honor a la Virgen de Las Nieves. Monedas de los Reyes Católicos, recipientes cerámicos de fabricación local pero también de Sevilla o Portugal, broches de cobre, bolillos de telar, clavos de hierro, cerraduras de metal, formas azucareras... todo esto, y mucho más que seguirá apareciendo con las excavaciones arqueológicas, hace de los restos del ingenio azucarero un auténtico tesoro

arqueológico. Recientemente, por encargo del Cabildo de Gran Canaria, hemos concluido el proyecto de musealización con que contará este espectacular yacimiento que trasciende las fronteras de Gran Canaria y dialoga con Europa, América y África, convirtiéndose en el referente mundial de la industria azucarera que se desarrolló en Europa entre los siglos XV y XVI.

¡Silencio! ¡Parece que se oye gente reír! ¡Veo a una mujer, no, muchas mujeres que ríen! ¡Veo hombres, muchos hombres riéndose y bromeando! ¡Veo muchachos y muchachas, niños y niñas con la sonrisa en los labios ir de un lado para otro, nerviosos, ansiosos de fiesta! ¡Veo a unas ancianas asombrarse y reírse de unos muchachos tatuados y con más zarcillos y pendientes que los que ellas tuvieron en su vida! ¡Veo banderas y banderillas! ¡Veo las casas pintadas de blanco! ¡Se percibe el ambiente de las fiestas! ¡Huele a Diana, Rama, Retreta, procesión, traca, voladores, turrónes, ensaladilla rusa, carne mechada, jareas asadas! ¡Veo una alegría contenida a punto de estallar por todas las calles y casas de Agaete!

¡Por todos estos olores, colores, sonidos, percepciones y estado de ánimo de la gente, he de pregonar y pregono que empieza la celebración número 483 de las Fiestas de La Virgen de Las Nieves! ¡Que tengan todos y todas unas felices fiestas!

Gracias y buenas noches.

Agaete a 1 de agosto del año 2015